

Silvia Galvis

## ¡Viva Cristo Rey!

Planeta Colombiana Editorial, Santafé de Bogotá, D.C., 1991.

"Retraso social y político de una generación formada entre el bien y el mal, entre la religión y el sexo, el amor y el odio...", es el subtítulo fiel que Silvia Galvis, politóloga por título universitario, periodista por tradición familiar y escritora de corazón, le da a su novela. Una novela que refleja esa trilogía en que se apoya la rica formación siempre inquieta de Silvia.

Los cuarenta y ocho cortos capítulos, con descriptivos y sugestivos títulos, hacen de este libro una ágil, amena e instructiva lectura, dentro de la poca rica raigambre de la novela política en Colombia. Aparte de la novedad de *El General en su laberinto*, la historia política nacional transportada a una narrativa fiel a la vida real, sin sectarismos ni heroísmos, con calidad y diversión, es casi inexistente. Las referencias que salvan el honor de este género se reducen a uno que otro libro sobre la época clásica de la Violencia. De ahí que el escrito de Silvia Galvis represente un aporte que ojalá estimule una manera de recuperar con estilo historias cada vez más ignoradas; pero historias sin apologías de privilegios, sin heroísmos artificiosos, sin ocultamientos de responsabilidades.

El grueso de la novela se centra en un período de la vida nacional que va del gobierno de Marco Fidel Suárez (1918-1921) al de Enrique Olaya Herrera (1930-1934). Sin embargo, el legado político de la sociedad oligárquica y de las guerras civiles que culminaron en la de los Mil Días a comienzos del siglo está siempre presente: privilegios de clase, sectarismo bipartidista y concubinato ideológico del clero con el Partido Conservador. Este legado traspasa el período en el cual se desarrolla la mayor parte de la novela y se proyecta hasta el inicio del Frente Nacional, con pinceladas gruesas, que identifican los momentos críticos de estos veintipico de años. La historia

acaba cuando comienza el largo proceso traumático de ruptura con esa fatal herencia y su principal producto político, la Violencia, la cual fue a su vez partera del abanico de conflictos ensangrentados que invade la sociedad hoy día.

*¡Viva Cristo Rey!* no contiene solamente una enseñanza sobre la historia política. Es una historia social sin la cual sería imposible comprender el curso de los conflictos del poder. La compleja organización comunitaria, imaginaria pero fiel a la realidad, con su inserción en las atrasadas estructuras de la sociedad nacional del momento, es la red que permite ubicar y entrelazar los variados aspectos de la subyugante trama de relaciones. La familia oligárquica tradicional, apoyada en la propiedad territorial, con tentáculos en la jerarquía eclesiástica y en la alta política, legitima las sutiles formas de dominación social que la lectura exhibe con amenidad y riqueza de detalles. Parte sustancial de esa organización comunitaria es la figura patriarcal preñada de privilegios que destilan impunidad. Su expresión mayor, el machismo, no sólo se muestra con brutalidad en el terrateniente, sino que se refleja diferencialmente en todos los estratos de la sociedad, mostrando sus múltiples manifestaciones en un rico arco iris de atracciones y repulsiones, de amores y de odios personales.

El amor y su manifestación por excelencia, el sexo, le proporciona vida al relato, de principio a fin. Es, quizás, el tratamiento social mejor logrado, entre los acertados manejos de relaciones de diferente naturaleza de la novela. La jerarquía social de cada relación amorosa ilícita le proporciona su sello de identidad: pecado mortal o debilidad de la carne, violación o ejercicio de dominio, publicidad u ocultamiento, adulterio o diversión. Las relaciones amorosas son desmiti-

ficadas en forma absoluta por la autora, logrando con finura comunicarles su papel de articulador social, no en abstracto sino dentro de una adecuación a sus vínculos económicos, políticos, religiosos y sociales.

Como ya se señaló, el entramado social del relato permite comprender la vida religiosa, que es solapada, atormentada y fanática, y el transcurrir político, que es pegajoso, maniqueo y sectario. Fue la concordancia de las expresiones premodernas, de los todopoderosos intereses privados sin asomo de controles públicos. Buena parte de ese interés fue la larga explotación estadounidense del petróleo, articulada en su identidad con quienes manejaban a su antojo las riquezas nacionales, pero ajena a cualquier realidad que traspasara los estrechos límites de las comunidades donde se asentaba. En esos tiempos, la sociedad comenzaba a sacudirse de su atraso, iniciaba su crecimiento y diversificación, en medio de profundos abismos y contradicciones entre la tradición de los privilegios desmedidos y las exigencias de la época. El acierto de la novela fue ubicarla en una sociedad y en una época donde su propia dinámica lleva de la mano al relato, sin forzarlo ni tergiversarlo.

Merecen mención especial algunos de los protagonistas de la historia. Rosalía Plata es, sin dudas, el centro de atención. Alrededor de ella circula la narrativa. Encarna la fuerza de la rebeldía social y política contra la discriminación de género; es el símil de María Cano. Pero al mismo tiempo, Rosalía representa la frustración política y, ante todo, emocional y afectiva del peso de la alcurnia en una sociedad tradicional que termina aplastándola.

Alejo Coronado es la figura política del liberalismo modernizante. Ello no niega su papel de cabeza de familia,

con toda la herencia del atraso de los valores sociales. El machismo que no puede ejercer a plenitud por la avasalladora figura de su mujer, lo proyecta con la fuerza de su personalidad a los líos y chismes de alcoba de la alta sociedad. Esa contradicción termina por someter su rebeldía. Alejo culmina como una figura más entre las muchas que creyeron solucionar los problemas de la sociedad premoderna sin abandonar legados que rubricaban privilegios.

José Beatriz y Faraón Guerrero son dos hermanos que encarnan los brazos de la oligarquía. La cabeza del latifundio maneja la política con la diestra sectaria de José Beatriz, mientras la siniestra corresponde al fanatismo religioso del clérigo Faraón. Su hermandad en el Partido Conservador no libra la responsabilidad social al partido contrincante, el Liberal. Sola-

mente difiere en el papel que le corresponde en la tragedia de la sociedad.

Visitación Jinete conjuga todos los problemas y atributos de las clases populares en el contexto del premodernismo. Si figura irradia las múltiples relaciones que se entretajan en una comunidad, no solamente entre quienes comparten las adversidades, sino entre los encumbrados que se aprovechan de la ingenuidad, la pasividad y la laboriosidad populares. Por eso, la narración de la novela proviene en buena parte del lenguaje de su diario de infortunios.

El escenario geográfico de esta historia se sitúa en dos municipios tropicales e interandinos imaginarios: Onán e Himeneo. Ambas localidades retratan, con fidelidad, las características gene-

rales del común de municipios colombianos de la primera mitad de este siglo, entre las que sobresale su matrícula partidista. Pero, al mismo tiempo, reflejan la especificidad, por circunstancias particulares, de unas pocas localidades. En el caso narrado la especificidad son los conflictos petroleros que recuerdan a Barrancabermeja.

Para sintetizar, puede decirse que el lector se encuentra con una agradable sorpresa en cuanto a la calidad literaria, la amenidad del relato y la fidelidad de representación de una época de atraso social preñada de fanatismo religioso y sectarismo político.

**Francisco Leal Buitrago.** Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.